

NUM. 6.

SABADO 6 DE FEBRERO DE 1841.



EL AMIGO DE LA NIÑEZ.

CURSO DE ESTUDIOS.

MORAL.

En confirmacion de la doctrina con que dimos fin á la leccion anterior, y para hacer ver que el derecho natural en nada empeora la condicion del hombre, ni menoscaba su dignidad, observaremos antes de pasar á tratar de la moralidad, que la misma naturaleza del hombre exige imperiosamente la promulgacion de la ley natural. Créen los que niegan su existencia que el Criador con prescribir al hom-

bre la práctica de unas acciones y al prohibirle la ejecución de algunas otras le redujera á un estado menos feliz y envidiable que el de los animales irracionales, los cuales pueden hacer siempre lo que mas les acomoda, sin que ninguna ley les ponga límites en el uso de sus facultades. ¿Con qué objeto, dicen tambien, una vez concedido al hombre el libre albedrío, ha de haber ley alguna que determine su eleccion y haga de aquel un don vano, ridiculo é ilusorio? Buena lógica la de estos razonadores. Sin duda que el oro les parecerá de menos valor que el hierro, porque para conservarle se necesita mayor precaucion y mas esquisita vigilancia. Y aun tal vez creerán que la vista y demas sentidos son inútiles en el hombre porque no ejercen su accion sino dentro de su esfera y en una distancia determinada. Deseos casi infinitos, pasiones é intelijencia: he aqui lo que ennoblece al hombre y lo que mas le distingue de los irracionales. Bellas cualidades, dones escelentes que hacen indispensable la existencia de una ley. ¿Qué fuera sinó de la sociedad y de los hombres si cada cuál pudiera echar mano á su antojo de los diferentes medios que su razon le dictára para satisfacer sus deseos y contentar á sus pasiones? ¿Cómo sin el libre albedrío y sin la existencia de la ley podieran ser buenas las acciones de los hombres y estos merecedores de recompensa?

Establecido ya el principio de donde dimanar los deberes de los hombres, esplicaremos que se entiende por moralidad de las acciones. Adoptaremos

la teoría del filósofo inglés Juan Locke porque nos parece mas conforme á la verdad, y á las ideas de los antiguos y modernos moralistas sobre este particular. Es propiamente la moralidad una relacion que consiste en la conveniencia ó disconveniencia que se halla entre las acciones voluntarias de los hombres y una regla á la cual se las compara, y es como la medida del juicio que de ellas debemos formar. El bien y el mal considerado moralmente no es mas que la armonia ó la conformidad, la disonancia ó la oposicion con cierta regla ó ley: conformidad y oposicion que nos acarrea bien ó mal por la voluntad y potencia del legislador. Tres son las reglas ó leyes morales á las que refieren generalmente y comparan los hombres sus acciones y por donde juzgan si son buenas ó malas: y estas tres reglas ó leyes están sostenidas por tres diferentes especies de recompensas y penas que las autorizan y sancionan. Porque en vano pretendiera un ser inteligente someter las acciones de otros á cierta regla sino pudiera recompensarlos cuando se conforman á esta regla, ó castigarlos cuando se apartan de ella. De estas tres reglas ó leyes la primera y el fundamento de las otras es la ley divina; es decir esta ley que Dios ha prescrito á los hombres para rectificar sus acciones, bien que haya sido notificada por la luz de la naturaleza ó por via de revelacion. Las otras dos reglas directivas de las acciones humanas son las leyes de las sociedades políticas, la voluntad general y la opinion y censura pública. Pero ningun-

na de ellas es siempre medida justa para calcular el bien y el mal, ni regla segura é infalible para hacer buenos á los hombres ni dirigirlos por el camino recto de la felicidad, antes muchas veces les han estraviado y envuelto en mil desgracias. Para que las instituciones humanas, y las constituciones de los príncipes, y las leyes civiles respondan á las miras benéficas del Criador, no deben proponerse otro objeto que el bien comun, la utilidad general calculada por los principios inalterables de la divina justicia y del derecho de naturaleza. La soberana razon y la prudencia del legislador es una regla: pero dejára de serlo sino se sujeta á otra regla, á otro principio que es la voluntad del supremo y eterno legislador. ¿En qué consiste la imperfeccion de los códigos y cuerpos legislativos de todas las naciones antiguas y modernas, atestadas de tantas leyes que ofenden la humanidad y la deshonran, leyes contradictorias, inconstantes, perjudiciales, que estan en un perpetuo estado de mudanza, que á cada paso se alteran, se modifican, se corrijen y se revocan, sino en que no son conformes á la razon, antes luchan continuamente con este destello de la luz increada y de la sabiduria eterna, y con las leyes dictadas por la soberana razon del gobernador del universo? Es pues, necesario confesar que la voluntad de Dios, la ley eterna, el código de la naturaleza, son el principio de la moralidad en las acciones.



ZOOLOGIA.

EL TIGRE.

La lijereza y la ferocidad son el distintivo del tigre entre todos los animales. No es seguramente este animal de los mas corpulentos, y tal vez no haya otro que le iguale en gallardia; contribuyendo no poco á realzar su mérito en esta parte la blancura amarillenta de su piel salpicada de motas negras que le dan variedad y aumentan su hermosura. Es su cuerpo demasiado largo, cortas sus piernas, desnuda su cabeza, feroces los ojos y la lengua de color de sangre: y el gato es entre los animales domésticos el que mas se le asemeja no menos en su forma exterior que en el carácter y otras varias cualidades. Ha sido este animal poco conocido de los antiguos; y aun nos parece fué desconocido del grande Aristóteles, naturalista el mas completo de su tiempo. Es acaso el tigre el único entre los animales feroces cuya crueldad no se templa con la saciedad, así se le vé mas de una vez dejar á los animales que acaba de matar, para hacer de otros nuevas víc-

timas de su ferocidad. Llega á tal punto la fiereza de este animal que á las veces quita la vida á sus propios hijos y aun despedaza á la madre si se pone de su parte para defenderlos. Pocas veces come la carne de los animales, que han tenido la mala suerte de caer en sus manos; de ordinario se contenta con chuparles la sangre, y si alguna vez los despedaza es para meter dentro de ellos su cabeza y beber á boca llena su sangre. No diremos que en sagacidad no haya otros animales que le igualen; pero si aseguraremos, sin temor de equivocarnos, que tal vez no habrá uno que le aventaje. Diganlo sino las emboscadas que prepara en las márgenes de los rios á los bueyes y búfalos, caballos y demás animales de que hace su alimento ordinario. Si cuando mata algun animal corpulento, teme ser inquietado, llévalo para hacerle pedazos y beber su sangre á paraje mas seguro y retirado; sin que el peso enorme que carga sobre sus espaldas retarde en lo mas mínimo la celeridad de su carrera. En las contiendas, rarísima vez se acobarda aun cuando se las haya con otro animal mas fuerte y corpulento. Acomete á los elefantes, se abalanza hacia los rinocerontes y aun se alza sin dificultad contra el rey de los animales. Verdad es que suele sucumbir en luchas de esta naturaleza. Pero en llegando el tigre á hacer presa con los dientes y con las uñas en su adversario, por bravo y corpulento que este sea no le queda ya otro recurso, para evitar el ser

despedazarlo que el dejarse caer en el suelo y ver si de este modo puede, cogiéndole debajo, oprimir al tigre y sofocarle. Infecundo recurso las mas veces, pues aun cuando acontezca al tigre el caer debajo, no le es difícil escurrirse á causa de la suavidad de su piel; y entonces vuelve de nuevo con mas ardor á la pelea, y no se retira del campo sino despues de conseguida la victoria.

Refieren los viajeros que cuando el tigre no puede lograr su objeto huye inmediatamente, como avergonzado de no haber tenido la astucia suficiente para salir con su intento. Aun cuando sea en su mayor encarnizamiento, y si alguna cosa desacostumbrada le llama la atención, suele dar treguas á su furor: cuéntase en confirmacion de esto mismo, que en las Indias se presentó de repente un tigre á una familia que estaba disfrutando de las delicias del campo: estáticos quedaron todos con tan inesperado acontecimiento; empero una señora que se hallaba entre la comitiva lejos de sobrecogerse cual los demas, presentó su sombrilla al animal que saltó inmediatamente hácia atras y dió á todos el tiempo necesario para escapar.

Es tal vez el tigre el único animal cuya índole no puede ser sojuzgada; pues no bastan para domarle ni la fuerza, ni la sujecion, ni la violencia: del mismo modo le irritan los buenos y los malos tratamientos: la costumbre que todo lo vence ninguna impresion hace en su naturaleza de

hierro; así despedaza la mano que le maltrata como la que le acaricia y dá alimento. Cada objeto que se le presenta parece una nueva presa que devora anticipadamente con sus ansiosas miradas, le amenaza con bramidos espantosos, y se arroja frecuentemente hácia él á pesar de las cadenas y las rejas que detienen su furor pero no le calman.

Hállase este animal en el Africa y en el Asia y en mayor abundancia en las Américas, si bien no en todas estas regiones dá muestras de igual bravura y ferocidad. En la nueva España, en el Perú y en el reino de Chile; dicen que abundan mas los tigres; y aun se asegura que son menos fieros que en el Africa y en el Asia.

CAZA DEL TIGRE.

La caza del tigre es un objeto de diversion y de especulacion en los países donde este animal abunda. Hay por lo comun que ir á buscarle á los lugares charcosos y abundantes en yerba espesa y elevada; pues ellos son su vivienda mientras no hace sus incursiones. Allí permanece oculto en la espesura y no es fácil rebarlo de ver hasta que se está ya á punto de tropezar con él. Así es que suelen los cazadores, para poder atis-

varle mejor y evitar una sorpresa peligrosa, ir montados sobre elefantes. Estos son los primeros



que barruntan la proximidad del tigre, y dan aviso alzando la trompa y golpeando el suelo con las manos. Preparanse con este anuncio los cazado

res, y cada cual se dispone á disparar hácia aquel parage en donde las undulaciones de la yerba dan bien pronto á conocer la presencia del animal. Como son muchos los que disparan suelen por lo comun matarle en la primera descarga. Si así no sucediese podría tener la caceria menos de divertida que de azarosa. Pues aunque el tigre suele temer en tales casos, sin embargo si se cree cercado por todas partes, se lanza con furor contra el mas próximo de los elefantes, y si desgraciadamente llega este á sucumbir y cae, corren grandísimo riesgo los cazadores que le montan así de parte del tigre como del elefante.

EL TRONO.

A LOS AMBICIOSOS.

Un brama de Patna al salir una madrugada de su casa vió que habia á su puerta un cesto de mimbrés, en donde habian puesto un niño recién nacido. Le hizo criar con mucho cuidado, y habiendo descubierto en él un talento vivo y corazon noble, se dedicó á perfeccionar uno y otro por medio de una excelente educacion. Aprovechóse de ella

tan bien su pupilo, que sucesivamente llegó á ocupar los primeros cargos del estado, y después de la muerte del rey, por ser electiva la corona, le fué dada de comun acuerdo.

Un dia que administraba la justicia á sus nuevos vasallos notó entre la multitud á un pobre anciano, cuyos ojos fijos en él parecian arrasados de aquellas lágrimas que la ternura y la alegría hacen verter. De allí á poco entró en la sala de audiencia un hombre de una fisonomía extraordinaria, al cual se avalanzó el anciano como un furioso, luego que le hubo visto, y á pesar de toda su resistencia le arrastró hasta el pie del trono. Señor, dijo al rey, hacedme justicia de este astrólogo, de este malvado y escuchad mi historia y la vuestra. Yo soy vuestro padre: yo infeliz no me he atrevido hasta ahora á daros á conocer á un hijo que no merezco, y á quien abandone cruelmente: pero aquí teneis al autor de mi delito, y al verle no he podido reprimir mi cólera ni guardar mi secreto. Apenas nacisteis os presenté á este impostor, suplicándole me dijese el destino que os aguardaba. El hizo como que consultaba los astros, y después de largas ceremonias que yo no comprendí, me dijo estas palabras que nunca se me han olvidado: *dentro de cuarenta años á lo mas será tu hijo el hombre mas infeliz del reyno.* Esta horrorosa predicción me trastornó el juicio. Temí si conservaba una vida que el Cielo habia maldecido, y os abandone llorando á la puerta del virtuoso bra-

ma que tan bien os ha educado. Ahora, señor, ya teneis 40 años, y sin embargo soi feliz, puesto que sois rey; castigad pues á este profeta de desdichas, á este audaz embustero, y perdonad á vuestro padre la culpa que le ha hecho cometer una piedad mal entendida.

El silencio, la turbacion del astrólogo, la cólera sincera del anciano, su dolor, su alegria, todo atestiguaba la verdad de su narracion, y tanto que el rey no la puso en duda ni un solo instante. Corrió á su padre, y lleno de gozo le abrazó diciéndole: gozad señor despues de los dioses y de mi pueblo, todo mi respeto y todo mi amor; pero no me digais que castigue por esta vez á vuestro astrólogo. Su prediccion aunque temeraria, se ha verificado completamente por desgracia mia. ¡O padre amado! ¡Qué grande distancia hay desde el trono á la felicidad! Mucho mayor sin comparacion que la que se nota desde el humilde cesto mi primera cuna, al sublime puesto á donde á pesar mio me han elevado. Placeres tumultuosos é insípidos crueles penas que en lo interior me devoran, ninguna libertad, ningun descanso, un mundo de aduladores y ningun amigo verdadero. Este es un corto bosquejo de las miserias á que estoy condenado. No basta sacrificar á mi obligacion mis pasiones mas inocentes, sino que tambien, á riesgo de verme aborrecido, tengo que reprimir todas la de un pueblo, tengo que hacerlas servir para la utilidad del orden comun y bien general, del cual se apartan

por lo comun. En una palabra mi felicidad depende de un milagro que jamás hará el Cielo. No, añadió volviéndose á la multitud que le rodeaba, no puede haber felicidad para mi hasta tanto que os vean mis ojos á todos felices y virtuosos.

**REFLESIONES FILOSÓFICAS DE UN CONVALECIENTE AL
CONTEMPLAR LA NATURALEZA.**

Una grave enfermedad habia conducido á Galaty hasta las puertas del sepulcro. Pero las súplicas fervientes de su esposa y las plegarias de sus hijos hubieron de mover al que tiene en sus manos la vida de los mortales, y tubo á bien prolongar la de Galaty. Convaleciendo estaba todavía cuando una mañana libre de cuidados, tranquilo y alegre cual se acostumbra á estar en las montañas, salió de Schiwitz, y fué á respirar el aire vivificante y renovado en lo alto de las colinas que cercan aquella comarca. Pendian sobre su cabeza las puntas gemelas del Hakemberg; á un lado corria por entre una madre casajosa el Limmat hijo de las mas altas neveras. No lejos de allí aparecia con majestad el suntuoso monasterio de Ensielden, resguardado de los torrentes destructores por un espeso bosque: un cielo puro y sereno, un sol brillante que reflejaba en la llanura desde los hielos eternos de las montañas, las mieses ya doradas, las cepas, cuyos sarmientos besaban la tierra por el peso del fruto, y la yerba tierna que formaba una alfombra de esmeraldas, todo esto hablaba á su alma, todo le enseñaba la salud de la naturaleza.

Insensiblemente conmovido y enagenado entrega Galaty su alma á la dulce impresion que escitan en ella los objetos que le rodean: se sienta; ¡oh padre de los hombres, exclamó, bienhechor de tus mas viles criaturas! ¿Cuál debe ser mi agradecimiento por todos los beneficios de que me has colmado en este dia? A ti, no hay duda, debo la vida; pero en aquella primera edad, la ignorancia y debilidad de la infancia, y despues la costumbre, fueron causa de que mirase como debido lo que solo era una dádiva de tu mano omnipotente. Hoy me haces revivir: mi corazon ya formado y mi razon alumbrada, conocen lo sumo de este beneficio. Ya hombre empiezo á vivir, y comienzo una nueva carrera. Si, he dejado de vivir, pero renazco mas feliz de lo que nunca he sido: y en otros tiempos no hacia mas que probar los placeres que ahora me deleitan. ¡Ignorante! Nunca conociera su valor á no haberme visto privado de ellos. ¡Qué hermosa perspectiva! ¡qué riqueza! ¡qué profusion! ¡qué superabundancia de vida! Todo parece que toma parte en mi alegria; cada objeto mas fuerte y vigoroso, participa de la salud que he recuperado. ¡Ah! El corazon del hombre es sin duda el mayor adorno de la naturaleza. Yo la he visto triste y abatida, próxima á eclipsarse conmigo; hoy la veo renacer con mi cuerpo exhausto: todo me convida á disfrutar, y cada instante me prepara delicias siempre nuevas, y siempre puras. Yo te saludo, ó ribazo encantador; montaña magestuosa, yo te saludo. Mieses doradas; pámpanos siempre verdes, cada dia os tributaré mis agradecidos afectos, ya sea que me pasee en medio de los campos que adornais ya sea que fatigado me sienta á la sombra de los pinos que os dominan, ó ya me detenga en los prados floridos en que pastan y retozan los reba-

ños de mi patria: la felicidad que me ofreceis no tiene mezcla de disgusto; la paz que me dais es inalterable.

En medio de este entusiasmo habiase levantado Galaty, y andaba sin pensar, cuando al salir de una quiebra se halló en frente de uno de aquellos sepulcros de Ensielden, consagrados á los defensores de la Suiza. Al modo que el fatigado caminante, que entregado al blando sueño y recreado con las fantásticas ideas que su imaginación le pinta, despierta despavorido y atónito con el espantoso ruido del trueno y silvidos de un huracán violento, así Galaty, á la vista de los sepulcros queda inmóvil: un tropel de pensamientos se ofrecen de golpe á su alma atemorizada; un llanto involuntario corre por sus mejillas aun descarnadas: considera sollozando aquellas ricas mieses ya prontas á ceder á la hoz destructora: mas arriba mira los pastos tan antiguos como el mundo, cubiertos ahora de fría nieve: delante de sí advierte aquel sitio, asilo de un silencio eterno, en el cual por todas partes se miran las tristes señales de la muerte y del tiempo: en aquel mismo instante se acuerda de su amante esposa y de sus hijos que acaba de abrazar; corren sus lágrimas con mas fuerza; en poco ha estado que no le habían perdido: es infalible que esto ha de suceder, ó, lo que es aun mas doloroso, tendrá que sobrevivirles. Pero en breve, reflexionando sobre la salud que ha recuperado, sobre el vano empleo de los días, sobre la instabilidad de los sucesos y sobre el inevitable escollo contra el cual zozobra, tomaron sus meditaciones otro rumbo: los sentimientos de religion y las dulces esperanzas que ofrece á los mortales, dulcificaron su amargura. Cruzados los brazos sobre el pecho y fijos los ojos en el cielo se arrodilla Galaty al pie de

sepulcro sin poder proferir mas que estas palabras: ¡oh muerte, término de nuestros gustos! ¡oh vida futura, esperanza de una conciencia irreprensible! ¡oh Providencia, único apoyo del hombre débil que te implora!

Diciendo esto, se levanta, turbada la cabeza, pero con el corazon tranquilo; baja con pasos lentos del Hakember, y en la falda de la montaña halló á su mujer é hijos que le esperaban.

Se ha inventado en Londres un medio de salvamento para las personas que viven en los pisos altos de una casa incendiada. Lo que mas nos agrada en este descubrimiento es la sencillez y poco coste de la máquina aplicada al efecto. Por manera que si, como en Londres, se reconocen en Madrid sus ventajas, será mueble que se guar- á en todas las casas del mismo modo que se guardan otros mas costosos y no de tanta importancia. En uno de los números próximos daremos á nuestros lectores el diseño y la descripción de este invento; contentándonos por ahora con manifestarles que, segun nos han asegurado, á él han debido un crecido número de personas en Londres el haberse libertado de la voracidad de las llamas, y es de creer que á esta fecha se habrá ya ensayado en la capital de Francia.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
CALLE DEL SORDO N.º 11.